

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LOS VICIOS

“¿Quiénes serán los arriesgados espeleólogos que descenderán a las simas?”, escribió Heidegger. He recordado la frase, pero no a cuento de qué la decía, porque estoy en pleno descenso a las profundidades. He comenzado una exploración de las cuevas del alma humana. Dicho así, me parece excesivamente presuntuoso incluso a mí. Lo que estoy haciendo es investigar la genealogía de lo que nuestra cultura considera el mal. Me convengo una vez más que nuestras ideas, creencias o sentimien-

tos presentes son frutos de la historia. Necesitamos hacer un psicoanálisis de la cultura que nos desvele alguna de esas claves ocultas. ¿Cómo se fue descubriendo a sí misma el alma europea? No fue la psicología quien tomó la iniciativa, sino los moralistas, preocupados por analizar las conductas humanas. Las grandes tragedias griegas tenían una finalidad moralizadora o desmoralizadora, según se mire, y por ello proporcionan un profundo análisis de las pasiones. Pero la historia del pecador más célebre de la antigüedad, Edipo, que mató a su padre y se casó con su propia madre, muestra que el análisis estaba aún en mantillas. Edipo no sabía lo que hacía, y, aun así, era culpable.

La relación de la moral con la psicología está en el origen de la ética, que procede del griego *ethos* (carácter). Su objetivo era estudiar el carácter más adecuado para conseguir ese modo de vida plena,

la felicidad. El carácter estaba formado por hábitos que constituían la personalidad de cada ser humano. Esos hábitos podían ser positivos (virtudes) o negativos (vicios). El vicio era una cualidad real, determinaba la textura del corazón. La conclusión era que lo importante desde el punto de vista moral no era tanto el acto, como el hábito.

La moral cristiana desde el siglo V elaboró un catálogo de los vicios principales, de las grandes pasiones dirigidas al mal: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, y pereza. ¿Por qué eligieron estos grandes vicios, de los que a su juicio derivaban todos los demás? Sospecho que por debajo de esa selección había toda una psicología oculta, una cartografía del envés de la naturaleza humana, de su zona prohibida, en la que todas esas pasiones peligrosas guardaban cierta relación. De hecho, una de las preguntas que se hacían era si se podía

tener un vicio solo, o todos iban en unión.

El tema parece lejano, pero se plantea con la impulsividad grotesca de Dominique Strauss-Kahn. ¿Me puedo fiar de un político que no sea capaz de controlar su libido? Los antiguos decían que no. De hecho, una de las grandes virtudes, desde los griegos, era la templanza, el sensato disfrute de los placeres. Nosotros en

LOS HÁBITOS GRIEGOS PODÍAN SER BUENOS, BAJO EL NOMBRE DE VIRTUDES, O MALOS, LO QUE SE CONOCÍA COMO VICIOS

general sostenemos que el ser humano es modular, y que uno de sus módulos, el sexual por ejemplo, puede estar fuera de control, sin que resulten afectados otros módulos, el profesional, el económico, el político. Hay una tercera opción, entre la teoría unitaria de la antigüedad y la fragmentaria de la modernidad. La encuentro en los textos de la teología ortodoxa griega. Consideran que el efecto del pecado original fue romper el alma humana, hacerla modular, y por eso, una plegaria a la Virgen María dice: “Por tu amor, madre, ata los trozos de mi alma”. Tal vez esta excursión por el árbol genealógico de nuestras ideas les aburra. A mí me parece apasionante. ■



Raúl